



Profetas de la historia en tierras politécnicas meditaciones sobre la obra Setenta años de historia del IPN

Max Calvillo Velasco
Departamento de Investigación Histórica
Presidencia del Decanato IPN

Introducción

Las presentaciones de libros, además de poner a prueba la paciencia del auditorio, integrado generalmente por solidarios colegas, benévolo amigos y familiares, suelen ser motivo de un casi obligado recuento de los daños. Pero no sólo de los daños en el ámbito personal; no alcanzaría la sesión para narrar las vicisitudes sucedidas en los veintiún meses transcurridos entre marzo de 2005, cuando se tomó la decisión de escribir una obra conmemorativa, y diciembre de 2006, en que se hizo su presentación formal, en un ambiente impregnado con el olor de la tinta fresca.

El tiempo transcurrido desde esa fecha ha servido para meditar los resultados, valorar los esfuerzos y, lo más importante, descubrir las nuevas posibilidades que se abren. Por ello, es más apropiado, en el marco de este importante seminario y con la presencia de jóvenes aprendices del oficio de historiar, hacer referencia al recuento de los daños en el ámbito metodológico e historiográfico.

El objeto de estudio

Para iniciar estas meditaciones hay dos consideraciones ineludibles, nuestra subrepticia y casi providencial llegada al Decanato del Politécnico, y que ésta es, ante todo, una obra hecha por encargo. Acerca de la primera, tenemos que congratularnos por haber logrado en tan corto tiempo integrar un equipo de trabajo



en el cual la armonía ha sido la clave. Respecto a la segunda, es importante aclarar que ser una “historia oficial” no la demerita, ni pone en tela de juicio la integridad intelectual de los autores, pero sin duda le da algunas de sus más notorias características.

Las emociones de un historiador que llega a trabajar a una institución que, explícita y voluntariamente, renunció hace muchos años –desde su origen mismo– al ejercicio profesional de las humanidades van de la sorpresa hasta una desoladora sensación de vacío. Y pongo especial énfasis en “el ejercicio profesional” porque a las humanidades no se puede renunciar. Pero, muy pronto, a la duda inicial se sobrepuso una enorme curiosidad impulsada por el descubrimiento de un nuevo campo de estudio.

El proceso de familiarizarse con la institución, lo que incluyó aprender el significado de incontables siglas y abreviaturas, nombres y toponímicos, tuvo que ser a marchas forzadas pero ayudó a establecer el estado de la cuestión. Convenidos los términos en los que se debía hacer la investigación, también se develaron las condiciones que el carácter conmemorativo le imponía al libro, así, en singular, ya que las dimensiones que llegaría a tener eran todavía insospechadas.

Al referirnos al establecimiento de condiciones no pretendemos siquiera insinuar que no contáramos con la libertad para trabajar. Por el contrario, nuestras propuestas e iniciativas siempre fueron escuchadas y, cuando demostraron sensatez, tomadas en cuenta. La trascendencia de las instrucciones que nos dieron radica, precisamente, en su brevedad cercana al *ucase*: escribir un libro sobre la historia del Politécnico que incluya sus setenta años de existencia. Es decir, sólo se enunciaba al sujeto de estudio y la temporalidad pretendida.

Los colegas que nos acompañan, incluso los jóvenes aprendices, habrán notado los riesgos que esa instrucción entrañaba. Ante un tema de investigación



tan vagamente delimitado, la dificultad estaba en discriminar qué asuntos se incluirían. Aunque nunca se nos dijo explícitamente, no nos fue difícil intuir que tampoco era políticamente correcto dejar de mencionar áreas, ciclos de estudio, dependencias, periodos de funcionarios... debía ser una obra incluyente en la que todos los integrantes de la comunidad se sintieran tomados en cuenta.

Decía el maestro Moreno de los Arcos, con socarrona malicia, que “a un libro le falta todo lo que no tiene”, verdad de Perogrullo que encierra un axioma elemental de toda investigación. Al libro le falta todo aquello que el autor decide que le falte, lo que él elige dejar fuera. En otras palabras, es indispensable acotar de manera clara y con criterios metodológicos y explicativos los límites del objeto de estudio.

Muy pronto, ante los primeros borradores que presentamos, recibimos comentarios sobre la ventaja que teníamos por ser “externos”, lo cual nos permitía un mayor grado de objetividad. Eso sólo nos puso en alerta sobre el cuidado que debíamos tener al tocar temas controversiales que ya habíamos detectado en la revisión del estado de la cuestión.

Un botón –botonzote, diríamos– de muestra: el IPN no tiene acta de nacimiento. En algún momento, se albergaron inconfesadas esperanzas de que nosotros íbamos, por fin y de una vez por todas, a dilucidar tan extraña situación. Convencidos de que no era pertinente enfrascarnos en discusiones bizantinas al respecto, ni emprender la búsqueda del eslabón perdido, preferimos abordar el periodo fundacional del Politécnico como el resultado de un proceso de mediana duración, en el que participaron numerosos individuos, cada cual con su valiosa colaboración, pero sin reforzar el ya de por sí enorme culto a la personalidad de los fundadores.

Otro ejemplo más, la búsqueda de equilibrio, ya que obsesionados con los primeros y difusos años del Instituto, rodeados de leyendas y narraciones



cercanas a la epopeya, los autores que antes que nosotros abordaron la historia del IPN se detenían muy pronto o hacían una breve descripción de lo que les parecía interesante, a veces quedaba en enlistar a los directores generales.

Ante la dificultad de incluir todo lo que pasó en el Instituto y en el entorno educativo nacional, tratamos de resolver el dilema mediante la estrategia de usar como guías narrativas sus labores sustantivas, la docencia, la investigación y la difusión de la cultura. Fue inevitable abordar, en un ejercicio de disección, temáticamente cada periodo.

Las fuentes

Una de las mayores sorpresas que enfrentamos fue la carencia de fuentes de información al interior de la institución; y no es que no existieran, sino que no estaban disponibles, al menos en el corto plazo. Decidimos empezar de lo general a lo particular y agotar, en lo posible repositorios más amplios. De esta manera, el Archivo General de la Nación, el mayor recinto documental del país, nos brindó en sus acervos información sobre muy variados asuntos, de índole política que, en muchos casos, tenía relación con el Instituto.

Como el IPN es una dependencia de la Secretaría de Educación Pública, acudimos a su archivo histórico para ver la información sobre las escuelas técnicas desde 1920 y hasta 1944, cuando la SEP dejó de conservar la documentación de las escuelas técnicas; pero sólo tiene instrumento de consulta 20 por ciento del material. En el resto del acervo, tuvimos que revisar las cajas una por una que integran el Departamento de Enseñanza Técnica, Industrial y Comercial.



Durante el trabajo tuvimos noticia de que mucha documentación generada en el instituto todavía estaba en el archivo de concentración, denominado Departamento de Archivo y Correspondencia, en la Unidad Profesional Adolfo López Mateos, a donde tuvimos que desplazarnos para conocer el contenido de la documentación. Los expedientes cuentan con varios ficheros temáticos, los cuales consultamos en busca de conocer qué parte podía ser útil para el trabajo. Luego de un mes de estar pasando ficha por ficha, anotando las que considerábamos útiles con su clasificación, tema y año, para solicitar copia de aproximadamente 300 expedientes, las gestiones emprendidas por la Presidencia del Decanato y la Dirección General del Instituto dieron resultado y se consideró que era el momento oportuno para que esos expedientes fueran transferidos al Archivo Histórico Central, para su resguardo, clasificación, descripción y consulta a futuro.

Con ese apoyo, recibimos cerca de 8 000 expedientes generados por la propia institución y que servirían para la elaboración del libro. Esta fue una buena noticia, acompañada de la infaltable mala: esta verdadera avalancha de información llegó al Archivo Histórico Central sin orden ni descripción. Embestidos por numerosas cajas atiborradas con expedientes generados por la misma institución, muchas veces nos sentimos como el profeta Ezequiel, cuando fue enviado al valle de los huesos secos.

Teníamos frente a nosotros una gran cantidad de vestigios, pero sin vida, de testimonios documentales, pero inconexos y dispersos. La sensación era aterradora, qué nos podía esperar a nosotros, simples mortales, si el profeta, con todo y sus dones, en su primer intento sólo logró hacer que las osamentas que contemplaba recobraran los tendones, la carne y la piel, pero aún así seguían sin tener vida. Tuvo que profetizar una segunda ocasión para que los cuerpos tuvieran el aliento de vida y entonces pudo reconocer que se trataba de un ejército.



Aunque no con los mismos resultados, emprendimos una selección rápida de datos, a veces casi aleatoria, para conformar una narración lo más viva posible, para que esos papeles viejos se convirtieran en alumnos, maestros, investigadores, científicos, personal de apoyo, funcionarios, y todos se manifestaran como seres humanos actuantes, pensantes y activos.

El Archivo Histórico Central del IPN cuenta con varios fondos; el de biblioteca nos proporcionó desde un inicio toda la bibliografía existente sobre el instituto, memorias de la SEP, memorias institucionales, informes de labores, guías de carreras. En el fondo Documental encontramos algunos expedientes sobre ex directores o personajes sobresalientes, escuelas, centros de investigación, organismos auxiliares y de apoyo. En su Hemeroteca consultamos *Senda nueva*, *Acta politécnica*, *Acta médica*, *Gaceta Politécnica*, síntesis informativa y los periódicos disponibles.

Embebidos en un ingenuo optimismo, pensamos que, conforme avanzáramos en el tiempo, la tarea sería más sencilla al contar con mejores fuentes de información. Pero éstas no sólo crecían sino que se hacían complejas, a veces contradictorias y con frecuencia escritas en crípticos códigos de la burocracia altamente especializada en presentar informes.

El resultado

El análisis de toda esta documentación dio como resultado tres tomos acerca de los setenta años de vida del IPN, pero para llegar a ellos tuvimos que dar los pasos de un adecuado análisis historiográfico que incluyera una propuesta explicativa novedosa sobre el fenómeno histórico, que fuera más allá del simple recuento anecdótico.



Por último, pero no por ello menos importante, debemos mencionar que las confusiones y contradicciones existentes en torno a los datos, en especial las fechas, del instituto, nos compelieron a tratar de ser lo más precisos y a no aventurar mucho en explicaciones. La necesidad de ser incluyentes nos obligó a conformarnos con una descripción somera, a vuelo de pájaro, de muchos procesos, sin llegar a “dejar que los hechos hablen por sí mismos”, como reza el decimonónico postulado rankeano. Confesos de ese tinte positivista, sabemos que el simple *mea culpa* no alcanza para expiar el pecado, pero nuestra dignidad profesional se siente reconfortada al saber que todos los asuntos que dejamos apenas descritos pueden ser retomados, pertinentemente acotados en lo temporal y en lo temático y ya sin el afán de celebrar algún aniversario, con criterios analíticos, explicativos y con profundidad.

No hay muchos humanistas en el Politécnico y la coyuntura actual nos ha dejado la tarea de fortalecer la investigación histórica al interior del mismo. Llegamos a él como profetas en tierra ajena, pero fuimos absorbidos, ya le pertenecemos, y ahora nuestro reto es que se hagan trabajos de historia cada vez más serios. No nos resta más que agradecer la oportunidad que la coyuntura del aniversario abrió para hacer esta historia, así como el apoyo de las autoridades, la ayuda de los compañeros de trabajo, la paciencia de nuestras familias y la indulgencia de nuestros potenciales lectores.